

La mujer, entre la historia y la cultura de masas

ÁNGELA MARÍA BOHÓRQUEZ OVIEDO¹

“La posible historia de los estudios femeninos forma también parte del movimiento, no se trata de un metalenguaje y actuará como una tendencia conservadora o subversiva... no existe una interpretación neutra de la historia de los estudios de la mujer. La historia intervendrá aquí de manera configuradora”

Jacques Derrida, 1984

Una historia escrita como reacción deliberada contra el paradigma tradicional, es la Nueva Historia, en palabras del historiador americano de la ciencia Thomas Kuhn (Burke, 2003). Una historia que se ha interesado por casi cualquier actividad humana desde hace 30 años y que antes se consideraba inmutable, hoy se estudia como una construcción cultural sometida a variaciones de tiempo y espacio. Para el historiador británico Peter Burke (2003), el fundamento filosófico de la

Nueva Historia es que la realidad está social o culturalmente construida. Desde su perspectiva, la nueva historia se dedica más al análisis de estructuras que a la narración de acontecimientos (Burke, 2003).

Los historiadores tradicionales han sido criticados por enfocar sus trabajos en una historiografía triunfalista, en la que privilegian a Occidente y a sus élites, en particular a las masculinas y con base en la exposición de sus logros como la Revolución Francesa, la Revolución Industrial, la Modernidad, entre otros (Burke, 2003). Por el contrario, la Nueva Historia propone que se tengan en cuenta las experiencias y las opiniones de otros grupos sociales como los oprimidos, los subordinados o subalternos. Hacia los años 60, Edward Thompson también centraba su objeto de estudio en la gente corriente en función de su propia historia individual y colectiva, así como de su invención cultural y social. Como resultado, la historiografía está constituida de diferentes modalidades como la Historia de las mujeres (Burke, 2003).

La Historia de las Mujeres inicia con la política feminista hacia la década de 1960, cuando las activistas feministas solicitaron una historia que no solo fuera dedicada a los hombres, sino también a las heroínas como prueba de las actividades de las féminas, explicaciones de

¹ Comunicadora Social y Periodista. Profesora del Área de formación Básica y Disciplinar del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. anmabo@gmail.com

la operación y móviles para la acción (Burke, 2003). Según el historiador británico, las feministas del mundo académico enfocaron su conocimiento especializado hacia un programa de actividad más político. No obstante, a finales de la década de los 70 se alejaron de este campo. Para aquel entonces, sus trabajos se convirtieron en materia prima de debates, artículos y sistematizaciones de los aspectos de las vidas de las féminas en el pasado.

Más tarde, en la década de los 80 se presenta la posibilidad de centrarse en el género, el cual es aparentemente un término neutro, que carece de propósitos ideológicos inmediatos (Burke, 2003). Por esta razón, la Historia de las Mujeres se concibe como una materia académica que implica una evolución desde el Feminismo, a las mujeres y al género. De la política al análisis. Por ende, esta Historia requiere de una reflexión crítica más allá de una exposición lineal, en la que se tenga en cuenta su posición cambiante y sus acercamientos con la política y con la historia misma. Es así como se puede pensar este campo como un estudio dinámico de la política de la producción de conocimiento (Burke, 2003).

Así, la política se considera primero, como la actividad que llevan a cabo los Gobiernos u otras autoridades con poder (Burke, 2003). Segundo, con relación a las relaciones de poder y a las estratégicas propuestas para mantenerlo o disputarlo, y tercero, aplicada aún con mayor amplitud a ciertas prácticas que reproducen o determinan identidades individuales o colectivas que forman las relaciones entre individuos o colectividades y su mundo que se consideran naturales, normativas o evidentes de por sí (Burke, 2003).

Discurso: entre identidad y violencia simbólica

En el centro de esta Historia se debe dar relevancia a los dispositivos de violencia simbólica. Para Pierre Bourdieu, esto quiere decir que:

“no tiene éxito más que cuando aquel o aquella que la experimenta contribuyen a su eficacia; que no le o la constriñe más que en la medida en la que está predispuesto por un aprendizaje previo a reconocerla” (Bourdieu citado por Chartier, 1996, p. 30).

Para el historiador francés Roger Chartier, la construcción de la identidad femenina se ve arraigada con frecuencia a las normas enunciadas por los discursos masculinos (Chartier, 1996). Por esta razón, la Historia de las Mujeres tiene como objetivo principal el estudio de los dispositivos desplegados sobre registros múltiples que garantizan que las mujeres acepten las representaciones dominantes de las diferencias entre sexos. Es así como Chartier señala que las inferioridades femeninas son repetidas y mostradas en los pensamientos y en los cuerpos de unos y otros (Chartier, 1996).

De esta forma, las féminas se enfrentan a la sumisión que produce la violencia simbólica, la cual brinda luces para comprender cómo la relación de dominación que es construida histórica y culturalmente, se ha afirmado como una diferencia universal y de naturaleza. Por eso, el historiador francés le apuesta a que se distingan para cada configuración histórica, aquellas herramientas que representan como natural, la división social y por lo tanto, histórica de los roles y las funciones de ambos sexos

(Chartier, 1996). De manera que la Historia de las Mujeres tiene el reto de ligar la construcción discursiva de lo social y la construcción social de discursos (Chartier, 1996).

Feminismo, política y profesionalismo

En las últimas décadas el Feminismo se ha convertido en un movimiento teñido de las características de su contexto y lugar de origen. En el caso de Estados Unidos reaparece hacia los años 60, con el interés de otorgar poder a las mujeres con vistas a la expansión económica. Así, se empezó a asumir la retórica de igualdad, que por aquel entonces predominaba (Burke, 2003). De esta forma, el Feminismo propone la creación de una nueva representación y creación de una identidad colectiva en las mujeres, con interés en poner fin a la subordinación, promover la igualdad, el control de sus cuerpos y vidas. En el mundo de la Historia, las féminas suponían que tenían necesidades e intereses particulares de los historiadores. Es así como suponían que el sexo influía en las oportunidades profesionales, criticaban términos unitarios y universales que designaban a los profesionales y por eso, se les acusó de haber politizado organizaciones que eran apolíticas (Burke, 2003).

De manera que se gesta la disputa entre profesionalismo y política, en la que se define la naturaleza del conocimiento generado, lo que se considera historia y las funciones de control de acceso que imponen las pautas de trabajo para los miembros de la profesión. Por lo tanto, en el siglo XX la Historia se define como aquel conocimiento del pasado, obtenido a través de una investigación imparcial y con fines netamente cognoscitivos

y que está al alcance de cualquiera a partir de los procedimientos científicos requeridos (Burke, 2003). Los historiadores se conciben como guardianes del conocimiento en un territorio particular, a partir de la autonomía y el poder para determinar qué se considera conocimiento y quién lo posee. Este capítulo cambió con las protestas de 1969 cuando las profesiones se empezaron a considerar como organizaciones políticas y en donde las acciones colectivas podrían cambiar las relaciones imperantes (Burke, 2003).

Con base en las diferencias establecidas entre la identidad colectiva de mujeres historiadoras con los hombres, las feministas desafiaron las reglas de la constitución de la disciplina y las condiciones de producción de conocimiento. Así, ponen en tela de juicio las pautas profesionales y la figura única de la representación del historiador con preguntas sobre el dueño de las pautas y definiciones de profesionalidad, acuerdos que se representan, puntos de vista excluidos y la pertenencia de la perspectiva que determina la buena historia (Burke, 2003).

Apuestas históricas

La Historia de las Mujeres implica una modificación de la historia, pues pregunta sobre la forma en que se ha establecido el significado. Critican la prioridad relativa concedida a la historia masculina (his-tory) frente a la historia femenina (her-story), lo cual expone la jerarquía implícita en muchos relatos históricos (Burke, 2003). Cuestiona la suficiencia de cualquier pretensión de la historia de contar la totalidad de lo sucedido, de la integridad y obvedad del sujeto convertido en hombre universal. No obstante, para Michel de Certeau, no



La profesión deja su condición de comunidad unificada por una aceptable caracterización de la historia, al afirmar una naturaleza diversa, la experiencia de las mujeres y hasta la consolidación de la identidad de las féminas. Así, se garantiza el lugar de las mujeres en la Historia, en la disciplina y con el reto de asumir sus diferencias frente a la misma. Pese a su lucha, la Historia de las Mujeres siguió fuera de los intereses dominantes de la disciplina y sus metas, al parecer, quedaron en una esfera aparte (Burke, 2003). Sin embargo, estas primeras perspectivas se han superado, han dado nacimiento a esta vertiente y allí también han reflejado su preocupación por el rol de la mujer, la cultura de masas y la feminización de la sociedad.

Cultura de masas: consumo y feminización

Las industrias culturales no sólo motivan la consolidación de una cultura de masas por medio del consumo, el entretenimiento y la consecución de sus intereses económicos, comerciales, políticos o ideológicos (Wolf, 1996), pues también desarrollan una función clave en la definición de valores como estrictamente femeninos. La individualidad, el bienestar, el amor y la felicidad se difuminan entre las imágenes de mujeres seductoras, que combinan la imagen de lo virginal y lo carnal (Morin citado por Passerini, 2003).

La Cultura de masas revela la imagen femenina en Occidente como sujeto potencial y como posible objeto (Passerini, 2003, p. 389). Con su preocupación de producción a gran escala, en esta cultura se muestra la ambivalencia del curso histórico con los progresos de la mujer

sólo las mujeres pueden escribir sobre la historia de las mujeres, sino que abren todas las posibilidades sobre competencia en la materia y la objetividad en la que se basa la construcción de la normativa disciplinar (Certeau citado por Burke, 2003). Esta situación, suscita que no sólo la historia es incompleta en su estado, sino también que el dominio del pasado por los historiadores es necesariamente parcial (Burke, 2003).

Como resultado, se descubre una verdadera identidad de las mujeres al conseguir autonomía e individualidad hasta llegar a la emancipación. Este movimiento de féminas señalaba la existencia de las mujeres como categoría social aparte, su realidad, sus necesidades, sus intereses y características intrínsecas para darle una historia (Burke, 2003). Además, Se presta menos atención a los conceptos de patriarcado y a la diferencia sexual en el conocimiento cultural.

en el último siglo, su emancipación social, cultural y política, así como la definición del uso de los valores (fuerza y agresividad como masculinos, dulzura y ternura como femeninos) asignados históricamente a los sexos. Como consecuencia, fija roles rígidos y los democratiza. Por lo tanto, el consumidor los acepta sin cuestionar.

Parte de esa supuesta feminización, la refleja la capacidad de la cultura de masas para enmascarar los problemas reales con apariencias sexy de empleadas del sector terciario, con el fin de disfrazar con una fachada femenina el ingreso de las mujeres al mundo del trabajo (Passerini, 2003). Para la autora, existen estudios que reflejan los medios de comunicación como instrumentos de la cultura de masas, se han encargado de privilegiar la realidad masculina. No obstante, señala que algunos autores resaltan el papel de la mujer como mediadora desde la familia hasta las instituciones de la sociedad civil. Para la historiadora italiana Luisa Passerini, los medios son capaces de retomar y relanzar discursos de inspiración feminista, como en el caso de la publicidad a finales de los años 70 con “sostenes para liberarse” o en los años 80 “libertad para escoger” (Passerini, 2003, p.392). Asimismo, identifican lo femenino con lo biológico, lo natural y la reencarnación de dichos valores representados de forma exótica, como otro utilizable en look y turismo (Passerini, 2003).

A este panorama se le suma que la cultura de masas puede reformular la subordinación de la mujer, a partir de nuevos comportamientos y modos de pensar. No obstante, los espectadores que no son pasivos, son capaces de realizar lecturas de las realidades que

se representan en los medios desde su contexto. De esta forma, pueden resituir a los actores sociales con ciertas formas de autodeterminación entre las presiones y los condicionamientos que no los afectan (Passerini, 2003). La investigación histórica desengaña a la cultura de masas cuando devela las ideas dominantes de lo masculino y lo femenino, pues la suerte de esta cultura depende de las elecciones y del consumo de los y de las espectadoras que finalmente son quienes se encargan de definir las combinaciones de lo femenino y lo masculino en cada individuo (Passerini, 2003).

Masificación privada y doméstica

La mujer se transforma con la masificación de la esfera privada y doméstica. En Estados Unidos a comienzos del siglo XX se proponía un modelo de mujer entregada al cuidado del hogar, físico y personal. Una ama de casa que al mismo tiempo es consumidora y administradora de la casa, pero que también se le exige una apariencia física cuidada, según el ideal de feminidad que recibe la decisiva influencia de la industria cosmética (Passerini, 2003). Con la democratización, la serialización de productos por públicos en la cultura de masas, la mujer considera que puede alcanzar el estandar de belleza (interna y externa), siempre que se lo proponga.

La prensa, la publicidad y el cine se convierten en los mejores aliados para impulsar dichas propuestas desde el civismo, en la transmisión de modelos norteamericanos a Europa, con prácticas de moda, maquillaje y comportamiento. Para Morin, la influencia de las estrellas de cine y del espectáculo pueden

estimular repliegues narcicistas y como afirmación de sí mismo (Morin citado por Passerini, 2003). Así, estos fenómenos trascendieron las fronteras e iniciaron los procesos de modificación del trabajo doméstico y de la imagen femenina con cambios económicos y de consumo, como consecuencia de las realidades que asumían las naciones como la Primera Guerra Mundial. Por ejemplo, en el período fascista de Italia, aparecen las primeras revistas femeninas que continuarán en la posguerra, tales como *Rakam*, *Annabella*, *Eva*, *Gioia* y *Grazia* (Passerini, 2003).

Lo apocalíptico y lo integrado

La propuesta de Umberto Eco de 1964 con una revisión de la investigación norteamericana dividida entre Apocalípticos e integrados, toma fuerza cuando se trata de la historia de las mujeres. La apuesta Apocalíptica concebida como característica habitual de oponerse a la nueva cultura de masas, que descompone el hecho cultural desde una concepción aristocrática de la cultura; mientras que lo Integrado considera la cultura como un signo del progreso y de una mejor distribución social de los bienes de la cultura (Eco, 2006). Sin embargo, para Eco ambas posturas caen en el error de pensar que la multiplicación de los productos industriales es buena y que no es necesaria someterla a la crítica (Eco, 2006).

Esta nueva clase cultural que no es de élite, pero con aspiraciones estéticas, hacia el siglo XVII reconocía más a la mujer en la vida pública, en la literatura y en el espectáculo como la novela y el teatro que en la política. Así, la prensa femenina se convierte en un instrumen-

to histórico y teórico, más duradero que en otros sectores como el cine. No obstante, para más de la tercera parte de las féminas ésta no tiene verdadera importancia debido a su analfabetismo, pues menos de la cuarta parte ve televisión, pero el público más amplio es el que escucha la radio (Passerini, 2003). La prensa femenina aparece a finales del siglo XVII con *Lady's mercury*, pero los aspectos de masas se manifiestan a finales del siglo XIX. Luego, la expansión de la Primera y la Segunda Guerra Mundial convierte a la prensa femenina en un sector que cuenta con decenas de millones de lectores. De esta forma, inicia la preocupación de Horkheimer desde la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt (Passerini, 2003).

Esta situación suscita el malestar de las intelectuales y académicas que la revisan con espíritu analítico, dado que la señalan de promover pensamientos uniformes y mediocres. De esta forma, “la moral establecida, que la prensa de masas respeta con un ligero distanciamiento, parece que es lo único que garantiza una cierta seguridad en las mujeres” (Passerini, 2003, p. 405). Luego, hacia mayo del 68 y el Feminismo de los años 70, la debilidad principal de la prensa femenina radica en la ausencia de perspectiva histórica, aunque los estudios de mujeres conserven algunos ecos de crítica (Passerini, 2003). Según la historiadora italiana, la prensa femenina de su país se convierte en la rama más sólida y la publicidad cuesta casi un 150 por 100 más en los periódicos femeninos que en los destinados a público mixto. Asimismo, se acentúa la conciencia sobre el rol de las mujeres en la producción cultural y se emplean en sectores como el de la información (Passerini, 2003).

La desdicha secreta de los famosos, los acontecimientos conmovedores relacionados con la maternidad y la infancia, así como los destinos de la gente del común, incitan a los Apocalípticos a que reconozcan que esta prensa responde a una necesidad, a una función en la economía psíquica como un momento lúdico o de evasión y hasta de refinamiento de la sensibilidad (Passerini, 2003). Por esta razón, se genera una nueva perspectiva histórica/política con posiciones a favor del divorcio, condiciones de mercado y consumo e incluso de emancipación (Passerini, 2003).

A modo de conclusión

En las últimas décadas la producción masificada se ha transformado en objeto de estudio de la perspectiva historicista y apocalíptica, por ejemplo en Estados Unidos se ha investigado sobre los mecanismos psicológicos que aclaran la predilección de mujeres por la novela

sentimental. Para Tania Modleski, las mujeres cuando leen este tipo de literatura escapan y evaden. Además, proponen que se les trate de otra manera, pero también pueden esconder las ansias de poder y de venganza (Modleski citada por Passerini, 2003).

Por esto, algunas autoras como Janice Radway insisten en que no se les debe contemplar como lectoras pasivas e impotentes. De manera que la Historia de las Mujeres permite reconstruir estas situaciones y estos personajes para que cumplan una función social, ya sea de abnegación o de compensación, capaz de redefinir un espacio y omitir funciones específicas del mundo de la vida. Por esta razón, es inevitable que los procesos de autoafirmación de las mujeres se generen a través de los fenómenos de masas y de uniformización, que distraen y que son de fácil asimilación como una parodia de la cultura superior (MacDonald, 1969).

Referencias Bibliográficas

- Burke, P. (1996). Historia Cultural e historia total. En I. Olabarri, & F. Caspistegui, La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad (págs. 116-122). Madrid: Complutense.
- Burke, P. (2003). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chartier, R. (1996). La historia hoy en día: dudas, desafíos y propuestas. En I. Olabarri, & F. Caspistegui, La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad (págs. 19-33). Madrid: Complutense.
- Eco, U. (2006). *Apocalípticos e integrados*. Madrid: Tusquets.
- MacDonald, D. (1969). Masscult y Midcult. En D. Bell, D. MacDonald, E. Shils, M. Horkheimer, T. Adorno, P. Lazarsfeld, y otros, *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas: Monte Avila.
- Passerini, L. (2003). Sociedad de consumo y cultura de masas. En G. Duby, & M. Perrot, *Historia de las mujeres* (págs. 388-409). Madrid: Taurus.
- Wolf, M. (1996). *La investigación de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.